

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 55

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

41. LA COMPASIÓN DE JESÚS POR LOS NECESITADOS – Mt. 9:35-38.

A. Aprendemos que nuestro Señor Jesús tiene gran experiencia en identificar y sanar las enfermedades y dolencias. Mt. 9:35.

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas enseñando, predicando y sanando. Fue testigo ocular de todos los males que hereda la carne. Vio dolencias de todo tipo, clase y descripción. Se puso en contacto con cada forma de sufrimiento corporal. Ningún sufrimiento era demasiado repugnante para que Él pudiera atenderlo. Ninguno era demasiado espantoso para que Él pudiera curarlo. Era un sanador de toda enfermedad y toda dolencia.

Hay mucho consuelo en este hecho. Cada uno de nosotros moramos en un pobre cuerpo frágil. Nunca sabemos qué cantidad de sufrimiento tendremos que observar, mientras nos sentamos junto a la cama de queridos familiares y amigos. Nunca se sabe a cuál queja atroz nos tendremos que someter nosotros mismos, antes de que caigamos postrados en una cama y muramos. Pero armémonos de una vez por todas del precioso pensamiento de que Jesús está especialmente preparado para ser amigo del enfermo. Ese gran sumo sacerdote a quien nos dirigimos para solicitar perdón y paz con Dios está eminentemente capacitado para entender todo lo que sucede en un cuerpo adolorido, así como para sanar una conciencia enferma.

Los ojos del que es Rey de reyes a menudo miran con compasión a los enfermos. Al mundo le importa poco los enfermos, y a menudo se mantiene alejado de ellos. Pero el Señor Jesús se preocupa especialmente por los enfermos. Él es el primero en visitarlos y decirles: "He aquí yo estoy a la puerta y llamo." ¡Bienaventurados son aquellos que oyen Su voz y le dejan entrar!

B. Aprendemos de la tierna preocupación de nuestro Señor por las almas olvidadas. Mt. 9:36.

Jesús vio multitudes de personas cuando estuvo en la tierra, y las vio desamparadas y dispersas "*como ovejas que no tienen pastor*", y fue movido con compasión. Los vio olvidados por aquellos que, por el momento, debían haber sido sus maestros. Los vio ignorantes, desesperanzados, indefensos, moribundos y no preparados para morir. La escena le llevó a una profunda compasión. Ese corazón amoroso no podía ver tales cosas y permanecer insensible.

Ahora bien, ¿cuáles son nuestros sentimientos cuando vemos semejante espectáculo? Ésta es la pregunta que debería surgir en nuestra mente. Hay muchos de estos casos que se pueden ver a cada lado. Hay millones de idólatras y paganos en la tierra; millones de mahometanos engañados; millones de católicos romanos supersticiosos. Hay miles de protestantes no salvos cerca de nuestras propias puertas. ¿Nos sentimos tiernamente preocupados por sus almas? ¿Nos compadecemos profundamente de su condición espiritual? ¿Anhelamos que se alivie esa miseria? Estas son preguntas serias y deben ser respondidas. Es fácil burlarse de las misiones a los paganos y de quienes trabajan para ellos. Pero el hombre que no siente compasión por las almas de todas las personas inconversas seguramente no puede tener "la mente de Cristo". (1 Co. 2:16).

C. Aprendemos que hay una solemne obligación en todos los cristianos, que hará bien a todos los inconversos del mundo. Mt. 9:37-38.

Los cristianos deben orar para que se levanten más hombres que trabajen por la conversión de las almas. Como Cristo lo dice parece ser que esto debería ser parte de nuestras oraciones diarias. *“Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies”* (9:38).

Hagamos parte de nuestra conciencia, en relación con la oración, el nunca olvidar este encargo tan solemne de nuestro Señor. Establezcamos en nuestra mente que es una de las formas más seguras de hacer el bien y detener el mal.

El trabajo personal por las almas es bueno. Dar dinero para apoyar para la salvación de las almas es bueno. Pero orar es mejor que todo ello. Por la oración nos acercamos a Aquel sin el cual el trabajo y el dinero son igualmente en vano. Asimismo, por la oración obtenemos la ayuda del Espíritu Santo. El dinero puede contratar trabajadores. Las universidades pueden dar aprendizaje. Las congregaciones pueden tomar decisiones. Pero sólo el Espíritu Santo puede hacer ministros del Evangelio y levantar obreros en la cosecha espiritual. Nunca, nunca olvidemos que, si deseamos hacer bien al mundo, nuestro primer deber es orar.

El mandato de Cristo a rogar es debido a que se precisaba efectuar una gran obra de cosecha espiritual, y los obreros eran pocos. Y por lo que se ve, el problema ha persistido hasta nuestros días; la necesidad es siempre mayor que la mano de obra.

La petición de Jesús a Sus discípulos que pidiesen al Señor de la mies que envíe obreros a Su mies deja claro que la necesidad no constituye un llamamiento. Los obreros no deberían ir hasta que sean enviados. Es decir, no porque hay necesidad debo ir, sino debo ir porque soy enviado por el Señor de la mies.

Cuán importante es que el Señor levante obreros enviados por el Señor de la mies para ayudar a tantos que están sumidos en sus delitos y pecados lo cual les trae dolencias a sus vidas.

El Señor Jesús no identifica quién es el Señor de la mies. Algunos piensan que es el Espíritu Santo. Pero en el versículo 5 del capítulo 10, el mismo Jesús envía a Sus discípulos, por lo que parece evidente que es Él mismo a quien deberíamos orar en esta cuestión de la necesidad de obreros para servir en Su mies.

Memorizar Mateo 9:37, 38 – *“Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. ³⁸ Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.”*